

EL VOLCÁN

Lola Suárez

Las aventuras de Motita de Polvo

Ilustraciones
de Jacobo Muñiz

ANAYA



*Para la explotación en el aula de este libro,
existe un material con sugerencias didácticas y actividades
a disposición del profesorado en nuestra web.*

© Del texto: Lola Suárez, 2011
© De las ilustraciones: Jacobo Muñoz, 2011
© De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2011
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

1.ª edición, febrero 2011

ISBN: 978-84-667-9478-7
Depósito legal: M. 268/2011

Impreso en Anzos, S.L.
La Zarzuela, 6
Polígono Industrial Cordel de la Carrera
Fuenlabrada (Madrid)
Impreso en España - Printed in Spain

Las normas ortográficas seguidas en este libro
son las establecidas por la Real Academia Española
en su última edición de la *Ortografía*, del año 2010.

*Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido
por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además
de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para
quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente,
en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación,
interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte
o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.*

EL VOLCÁN

Lola Suárez

Las aventuras de Motita de Polvo

Ilustraciones
de Jacobo Muñiz

ANAYA



1

MOTITA DE POLVO

Motita de Polvo es muy, muy pequeña. Casi más pequeña que la punta de un alfiler o de una aguja para bordar.

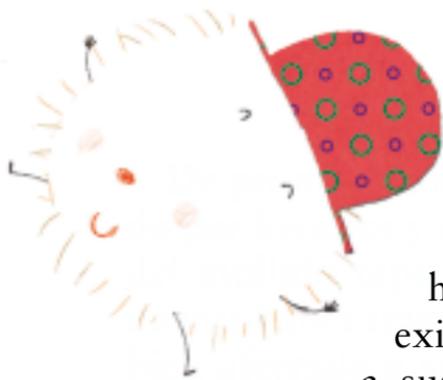
5

Su cuerpo es redondo, con unos piquitos que le hacen parecer un adorno de árbol de Navidad diminuto. Tiene los ojos chicos y vivarachos, un puntito por nariz y una boca que siempre sonrío.

Sus piernas y brazos son tan delgados como hilos, pero fuertes y ágiles.

Motita nació una mañana junto a miles de hermanas idénticas a ella, cuando Severa, la señora de la limpieza, ordenó a Cándida y a Maruca, las chicas de la limpieza, que sacudieran la alfombra grande de la entrada.

De pronto, Motita se encontró volando por los aires y sintió que se despegaba del



mullido tapiz donde hasta ese momento había transcurrido su existencia, bien aferrada a sus hermanas, compartiendo el espacio con alguna piedrecilla que traían los habitantes de la casa en su calzado al volver de la calle y que se quedaba pegada en la alfombra al pisarla.

6

Pasado el primer sobresalto, Motita empezó a disfrutar de su viaje por el aire. A su alrededor contempló a sus numerosas hermanas, dando volteretas, chocando entre ellas, persiguiéndose, planeando en el viento producido por las sacudidas de la alfombra que Cándida y Maruca seguían vapuleando.



¡Qué divertido era volar! Dio vueltas sobre sí misma, rodando

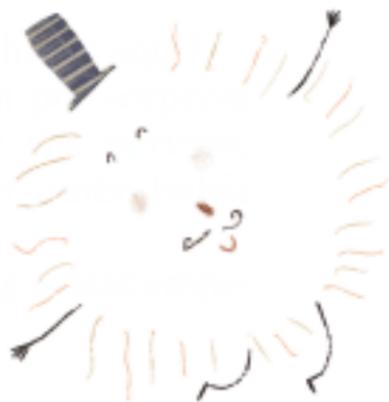




como una pelota. Cerró los ojos y, encogiendo piernas y brazos contra el cuerpo, se dejó llevar de un lado a otro... Así estuvo un rato, hasta sentir que aterrizaba suavemente. Al abrir los ojos, se encontró sobre el techo de un armario. ¡Era enorme! Miró a todos lados y descubrió que allí vivían muchísimas motas, pero no la recibieron de muy buena gana, incluso algunas estiraron brazos y piernas para no hacerle sitio.

Aunque era la primera vez que abandonaba su alfombra, se dio cuenta de que las motas que la miraban con curiosidad eran algo diferentes a ella: eran más grandes, con pelusilla por todo el cuerpo, y algunas tenían forma alargada.

Motita era de color marrón claro, pero sus nuevas vecinas eran grises, incluso las había de color negro.



No le gustaron demasiado, pero pensó que lo único que podía hacer era sonreír y saludarlas, así que se puso de pie intentando ocupar el mínimo espacio para no pisar a nadie.

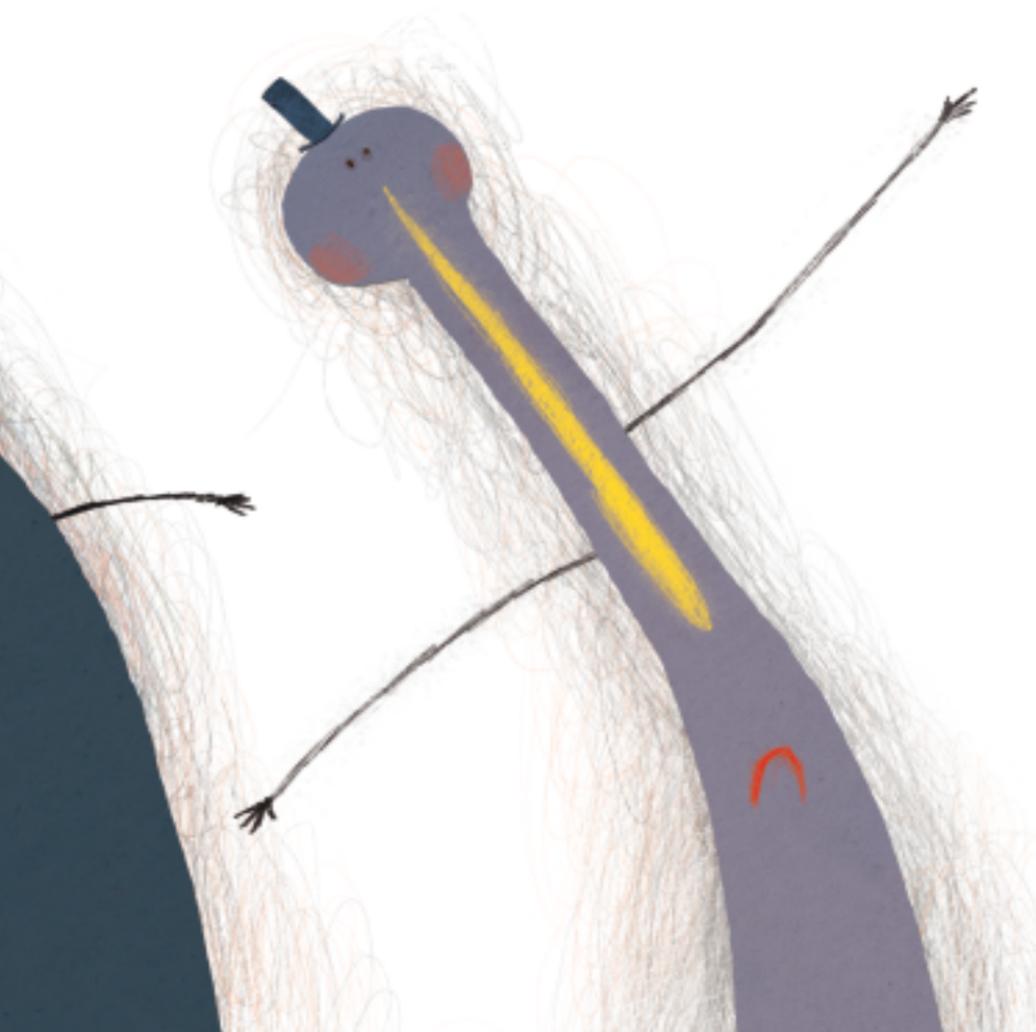
—¿Quién eres tú? ¿Qué haces aquí?

Las preguntas la pillaron por sorpresa y, procurando disimular sus nervios, buscó con la mirada a ver quién había hablado.



Pero como todas aquellas motas empezaron a susurrar a la vez, no supo a quién dirigirse y se quedó allí, con sus ojos abiertos como platos y la boca temblorosa.

—¡Vaya, es muda! ¿Eres muda, o simplemente tonta?



Los murmullos crecían y, ante el asombro de Motita, aquellas extrañas criaturas se unieron entre sí, formando algo parecido a unas nubecillas que se arrastraron hasta rodearla...

Retrocedió todo lo que pudo, hasta que sus pies chocaron con una de aquellas nubes.

10

—Bue... buenos días... Yo no soy mu... muda... Yo soy Motita de Polvo de Alfombra, y...

Pero no pudo seguir hablando, porque los susurros se convirtieron en un verdadero griterío, y todas retrocedieron hasta dejarla totalmente aislada.

—¡Qué horror! ¡De polvo de alfombra...! ¡Qué asco!...

Motita se volvió a quedar muda, esta vez por el asombro que le causó el comportamiento de aquellas criaturas tan raras.



—¡No se te ocurra acercarte a nosotras! ¡No sé adónde vamos a parar! ¿Cómo es posible que una, una...

«cosa» que vive en lo más bajo haya llegado hasta nuestra altura?

Todas aquellas nubecillas se retorcieron haciendo temblar sus esponjosos cuerpos.

Parecían realmente indignadas y, como sus agudas voces volvían a alzarse, Motita levantó sus brazos al aire y, enfadada también, golpeó el techo del armario con el pie.

—¡Ya basta! ¡No soy una «cosa», soy una mota de polvo, igual que ustedes, y...

De nuevo la interrumpieron. Esta vez sí que era imposible saber quién hablaba: lo hacían todas a la vez y, además, acompañaban sus palabras con movimientos que asustaron a la pequeña hasta el punto de que se tapó la cara con las manos, encogiéndose todo lo que pudo.

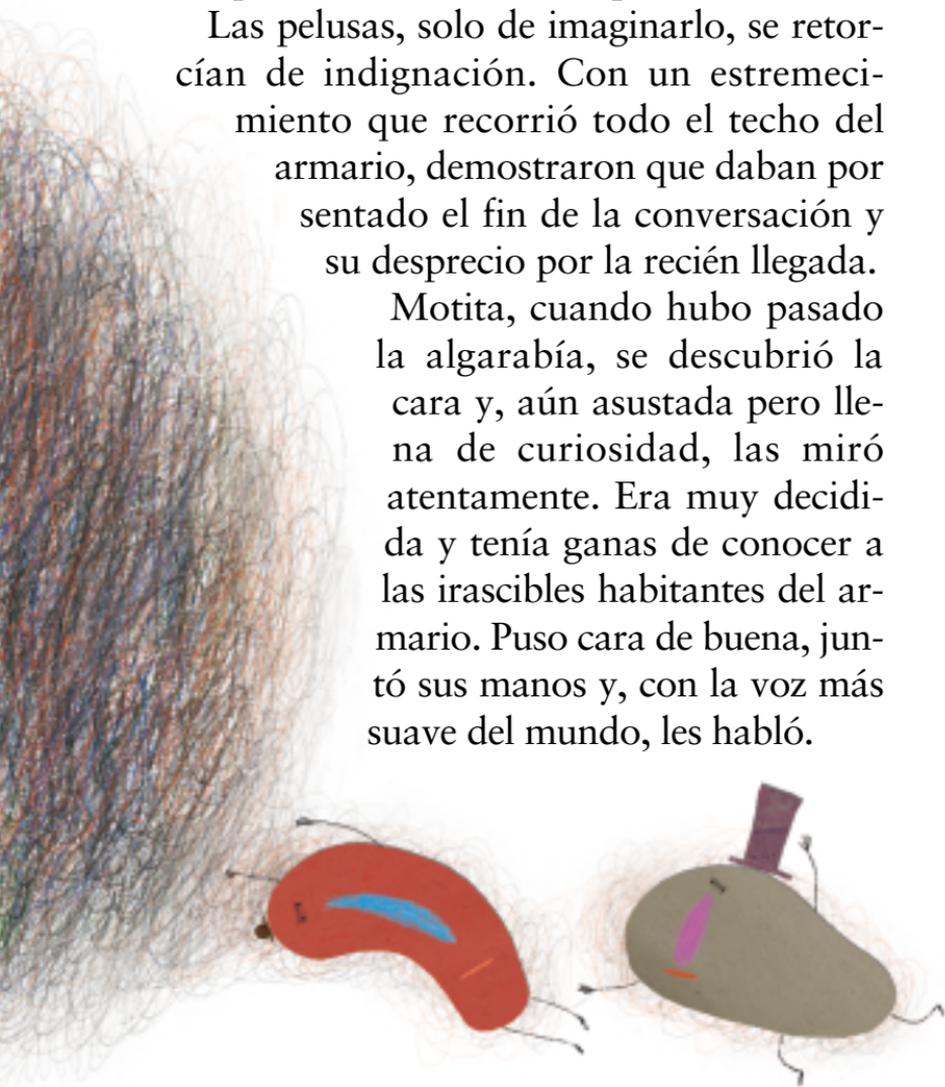
—¿Cómo te atreves a compararte con nosotras? ¿Cómo te atreves a llamarnos «motas de polvo»?



¡Somos pelusas de encima de los muebles!
¡Jamás caeremos tan bajo como tú y las de
tu especie, que viven en el suelo, soportan-
do que todo el mundo las pise!

Las pelusas, solo de imaginarlo, se retor-
cían de indignación. Con un estremeci-
miento que recorrió todo el techo del
armario, demostraron que daban por
sentado el fin de la conversación y
su desprecio por la recién llegada.

Motita, cuando hubo pasado
la algarabía, se descubrió la
cara y, aún asustada pero lle-
na de curiosidad, las miró
atentamente. Era muy decidi-
da y tenía ganas de conocer a
las irascibles habitantes del ar-
mario. Puso cara de buena, jun-
tó sus manos y, con la voz más
suave del mundo, les habló.



—¡Perdónenme, señoras pelusas de encima de los muebles! ¡Soy tan pequeña y tan ignorante! No he querido molestarlas, se lo aseguro... Si he llegado hasta aquí, ha sido porque las chicas de la limpieza han sacudido la alfom...

Esta vez no la interrumpieron, pero Motita vio cómo la poca atención que le prestaban cuando empezó a hablar se transformaba en miedo.

13

Las pelusas se encogieron, rodando sobre sí mismas, formando extrañas pelotas.

—¿Has dicho «chicas de la limpieza»?

Aunque también ahora hablaban todas juntas, la voz que oyó Motita era muy débil.

—Pues sí —encantada con el interés que ahora le mostraban, siguió su relato—. Sacudieron la alfombra y muchas de mis hermanas se echaron a volar, pero yo estaba medio dormida y tuve que esperar a que la señora de la limpieza...

—¿La señora de la limpieza? ¿También estaba ella?

Las pelusas temblaban sin control.

—Sí, y gracias a que mandó que volvieran a sacudir la alfombra, pude echar a volar yo... ¡Me encanta que sacudan las alfombras, porque así puedo ir de un lado a otro!

Al mirar a sus oyentes, cayó en que su último comentario no había sido nada afortunado, pero no acababa de entender por qué tenían tanto miedo aquellas pelusas, que antes le parecían tan soberbias.

—Pero ¿qué les pasa? ¿Por qué están asustadas? ¡Pueden irse a vivir a otro mueble! ¿No les gusta viajar, volar por el aire? ¡Es lo más divertido del mundo!

Un suspiro salió de aquel amasijo gris que formaban, todas apelotonadas.

—¡Nunca nos hemos movido de aquí! Las pelusas no volamos, lo más que podemos hacer es rodar, movernos un poco, pero si la señora de la limpieza trae un paño húmedo, ninguna de nosotras escapará: tienes suerte de ser tan pequeña, aunque hayas nacido en el suelo...



Motita sintió pena por las pelusas. Ya no las temía y, como no era nada rencorosa, de buena gana las hubiera ayudado.

De pronto, llegó una débil corriente de aire hasta el techo del armario. Cándida, la chica de la limpieza n.º 1, había abierto una ventana para ventilar la habitación.

Motita corrió al borde del armario y, desde allí, llamó a las pelusas.

—¡Vengan hasta aquí! ¡Rápido! ¿Por qué no intentan dejarse caer hasta el suelo? A lo mejor rodando, rodando, pueden llegar hasta debajo del armario y de ahí sí que es difícil que las saquen...





Las pelusas, indecisas, miraban hacia abajo. Se estremecían pensando en la caída, pero sabían que si se quedaban acabarían convertidas en una mancha pegada al paño del polvo de la señora de la limpieza, que tenía la manía de usar líquido para dejar los muebles bien brillantes.

16

Los ruidos en la habitación anunciaban la proximidad de las temidas bayetas y escobas, ¡no había tiempo que perder!

—¡Por favor! —les rogó Motita—, ¡tienen que lanzarse! ¡YA!

Y las pelusas de encima de los muebles se fueron tirando, una tras otra, planeando en el airecillo que se colaba en la habitación hasta llegar al suelo sanas y salvas.

Una vez allí, rodando, consiguieron escabullirse debajo del armario.





Motita, desde el techo, había contemplado toda la maniobra muy satisfecha. Aprovechando una nueva ráfaga de aire, se dejó ir, alejándose del armario y de sus habitantes.

—¡Ni siquiera se han despedido! ¡Qué pelusas tan raras! —pensó, mientras salía volando fuera de la habitación.

